

## Una barra grandísima

### *Ellas editan*

MARGARITA VALENCIA Y PAULA

ANDREA MARÍN

Ariel, Bogotá, 2019, 310 pp.

UN JUSTO espíritu vindicadorio animó la creación de este libro, cuyo largo subtítulo lo describe con precisión: *Testimonios de dieciséis editoras colombianas que construyeron un camino para los libros en un país de no lectores*. Son 16 mujeres de distintas generaciones, nacidas entre 1939 y 1981, muchas de las cuales ejercieron (o ejercen) juntas el oficio en las mismas empresas, formaron equipo, se relevaron unas a otras, aprendieron unas de otras. De ahí que los testimonios se complementen entre sí, den la impresión de ser un relato coral de una misma específica historia.

Ellas son, según el orden en que aparecen en el libro: Silvia Castrillón Zapata, María del Mar Ravassa, Lucía Donadío Copello, Margarita Valencia, María Candelaria Posada, Ana María Cano, Ana Roda Fornaguera, María Osorio Caminata, Tita Maya (quien lamentablemente falleció el 4 de marzo de 2020, menos de un año después de publicado el volumen), Doris Aguirre Grisales, Pilar Reyes, Marianne Ponsford, María Fernanda Paz Castillo, Catalina Holguín Jaramillo, Pilar Gutiérrez Llano y Catalina González Restrepo.

Un elemento notable que tiene en común la gran mayoría de ellas radica en que se han desempeñado o se desempeñan en el campo de la literatura infantil y juvenil (LIJ). Es más: para nueve de estas editoras, dicha área literaria ha sido su línea fuerte de trabajo. Incluso, tres de ellas instituyeron y mantienen dos editoriales especializadas en LIJ: Silvia Castrillón Zapata y María Osorio, creadoras de Babel Libros, y María Fernanda Paz, cofundadora y directora editorial de Cataplum Libros.

Otro elemento común lo constituye el hecho de que casi el 40% hizo parte del Grupo Editorial Norma durante la “época de oro” de este gran sello nacional que, a lo largo de un poco más de dos décadas, con un catálogo “impresionante”, congregó “lo mejor del mundo editorial colombiano”.

Pero la experiencia de todas abarca mucho más, una amplia gama de firmas editoras colombianas y extranjeras afincadas en nuestro país, algunas de las cuales ya desaparecieron.

Hay que señalar que una de ellas, Marianne Ponsford, trabajó varios años en España, en Turner, Siruela y Planeta. Y que Pilar Reyes lleva ya once años también en ese país, donde, como se destaca en el libro, “hoy ocupa la posición más importante del mundo editorial en español” (p. 194), en calidad de directora de todos los sellos del grupo Penguin Random House.

En general, los 16 testimonios se caracterizan por tres rasgos principales: 1) cuentan la trayectoria de cada una en el campo editorial y del libro; 2) expresan cómo concibe cada una el oficio de editar, y 3) formulan su opinión sobre el desempeño de la mujer y lo que implica serlo en este sector de la industria cultural.

Con relación al segundo punto, muchas entienden con claridad que “la edición es un oficio, no una profesión”, como dice Reyes (p. 196). De hecho, si bien algunas realizaron luego cursos informales o formales sobre edición, estas 16 mujeres provienen de distintas carreras académicas: literatura, filosofía y letras y comunicación social (la gran mayoría), así como arquitectura, iniciación musical, ciencias políticas, antropología y bibliotecología.

Muchas coinciden también en que hacer libros es un proceso que requiere una lenta maduración, pues los libros se hacen con el fin de que existan para siempre, lo cual está relacionado con otra idea, la de que estos se piensan como parte de un catálogo que debe ser sólido y coherente en su calidad. Por eso, no basta con que sean “bonitos” y estén “bien hechos” desde el punto de vista material y gráfico; es preciso, además, que digan algo y tengan un sentido que permita su impacto y que no se agoten en la primera lectura, como dice Castrillón Zapata (p. 37). Tita Maya refuerza: “El rey es el contenido y lo otro simplemente son formatos” (p. 163).

Pero, con respecto al valor que debe tener un libro en su contenido, en su significado, es llamativa la manera particular en que Castrillón Zapata, Valencia y Reyes entienden este planteamiento. Para ellas, esto tiene

que ver con la “responsabilidad ética y política” de quien edita libros, que debe comprometerse con la verdad pública y por lo tanto debe contribuir con su trabajo a “oponerse a lugares comunes, a la falsedad, a las mentiras que circulan en todos los campos y que son aceptadas sin ninguna reflexión”, tal como expresa Silvia Castrillón (p. 37). A su turno, Margarita Valencia habla de “la exigencia de explicar este país, de contar este país”, e ilustra este aserto con el catálogo de Carlos Valencia Editores (CVE), cuyo repertorio de títulos en ciencias sociales “era un imperativo moral que pesaba sobre mucha gente, no solo sobre CVE” (p. 71). Por su parte, Pilar Reyes señala que los actuales “son tiempos que reclaman una oferta literaria creativa y responsable, que ayude a ver claro lo mucho que hoy parece oscuro, que juegue un papel central en la búsqueda de ideas para hablar de los terribles problemas que enfrenta el mundo de hoy” (p. 216).

Decíamos que otro asunto central de *Ellas editan* es dar a conocer cuál es la participación de la mujer y qué implica serlo en el sector editorial y del libro. Pues bien, en este punto todas concuerdan en que, desde hace por lo menos dos décadas, la mayoría de los editores son mujeres, y no solo en Colombia, sino en general en el mundo. Reyes lo dice con una expresión gráfica: “En el territorio de la edición las mujeres llevamos la voz cantante” (p. 205). Gutiérrez Llano cuenta que, en las ferias del libro de Colombia y el exterior, se reúnen y forman “una barra grandísima” (p. 291). Si la generalidad del público lector no sabía ello, entonces este libro logra a cabalidad uno de los dos objetivos que sus dos autoras se propusieron con él, según lo exponen explícitamente en la nota de presentación: “Visibilizar el trabajo de las mujeres en el sector del libro en el país” (p. 14).

Ahora bien, las razones que explican este indiscutible *boom* femenino en el sector editorial ya no son unánimes. Unas citan estadísticas (bastante difundidas y confiables) según las cuales las mujeres son también las que más leen y las que más compran libros; de modo que si la demanda es sobre todo femenina, es lógico que quienes trabajen en la producción de la

CRÓNICA		RESEÑAS
<p>oferta sean mujeres. Otras, en cambio, como Gutiérrez Llano, dan una razón completamente distinta: según ella, el de la edición es un trabajo que va más allá de “elegir si un texto es bueno o es malo”; es ante todo un trabajo delicado, lleno de minucias, atento hasta al último detalle, y la mujer es más dada a realizar labores con estas características. Para Roda Fornaguera, en cambio, no existe mayor o menor aptitud de acuerdo con el sexo: “Yo no percibo ninguna diferencia en la forma de trabajar o en la calidad del trabajo o en la calidad humana entre mujeres y hombres; yo creo que de lado y lado hay personas que hacen las cosas bien y otras que no” (p. 127). Y agrega que, tanto en hombres como en mujeres, hay actitudes “matonas, oportunistas, cínicas, limitadas y limitantes”.</p> <p>Pese a todo lo anterior, ¿sienten estas editoras que están en desventaja en su medio por su condición de mujeres? Las que abordan la cuestión lo niegan. Lo niega, por ejemplo, Donadío Copello. Lo niega Gutiérrez Llano: “Diferencias entre mujeres y hombres, dentro de los editores colombianos, como cuestión de género, que no se valore tanto a la mujer como al hombre... No las veo” (p. 291). Solo Valencia denuncia que en las empresas grandes del sector editorial le pagan más “al señor de corbata que sale en la foto”, mientras que las mujeres no figuran y ganan “un sueldo miserable” (p. 85).</p> <p>Por lo demás, el grueso de ellas atestigua que también ha trabajado y trabaja aún en fecunda colaboración con hombres, y los mencionan con nombres propios.</p> <p><i>Ellas editan</i> es, en suma, un libro valioso y relevante que, además de “visibilizar” la prominente y preeminente labor que vienen desarrollando las mujeres colombianas en el área editorial y del libro, hace un decisivo aporte a “la todavía incipiente historia de la edición en Colombia”, otro objetivo explícito que se plantearon Margarita Valencia y Paula Andrea Marín con este libro.</p> <p>Solo dos debilidades tengo que señalarle a esta obra. La primera es la ausencia de una editora independiente que desde 1982 ha venido cumpliendo un trabajo maravilloso, con un catálogo especializado en poesía que sigue</p>	<p>sacando adelante ahora desde su sello Letra a Letra, cuyas ediciones son exquisitas: Luz Eugenia Sierra. La segunda, sus numerosas erratas –una veintena–, que en cualquier libro constituirían una tacha significativa pero en este representan un grave pecado, por tratarse de uno sobre personas dedicadas a hacer libros, quienes ponderan la importancia capital de la corrección de los textos y fueron ellas mismas correctoras de textos.</p> <p style="text-align: center;"><b>Joaquín Mattos Omar</b></p>	